



## ¿Capitalismo, tecnofeudalismo, neoliberalismo...? ¿En qué quedamos?

José Manuel Naredo

Es doctor en Ciencias Económicas y pertenece al Cuerpo Superior de Estadísticos del Estado. Cuenta con una larga experiencia investigadora que combina reflexiones de fondo sobre los fundamentos del pensamiento económico, con análisis concretos que abarcan desde el seguimiento de la coyuntura económica (con especial referencia a los aspectos patrimoniales) hasta el funcionamiento de los sistemas agrarios, urbanos e industriales y su relación con los recursos naturales y el territorio. Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Medio Ambiente 2000, con el Premio Internacional GEOCRÍTICA 2008, con el premio Panda de Oro 2011, otorgado por el WWF con motivo de su 50 aniversario y con el Premio de la Fundación Fernando González Bernáldez 2018. Para conocer su trayectoria y sus numerosas publicaciones cabe remitir a su libro *Luces en el laberinto* (La Catarata, 2009), que expone su autobiografía intelectual, o a su página Web: [elrincondenaredo.org](http://elrincondenaredo.org)

«El capitalismo está muerto. El nuevo orden es una economía tecno-feudal», nos anuncia Yanis Varoufakis en su nuevo libro (*Technofeudalism. What Killed Capitalism*, 2023) y en la entrevista así titulada que se publicó en *El País* (07-10-2023). El entrevistador resume: «El exministro advierte que los políticos no tienen nada que hacer ante el creciente poder de las grandes empresas». Desde hace tiempo vengo subrayando el creciente poder de las grandes empresas y calificando el panorama económico actual de tiranía corporativa, pero no me parece muy ajustado decir que «el capitalismo está muerto» y que lo sustituye «una economía tecnofeudal», aunque estas afirmaciones extremas tengan parte de razón y sirvan para publicitar el nuevo libro entre un público ávido de novedades.

Pero atribuir rasgos feudales al panorama actual para subrayar que el poder de las grandes corporaciones empresariales eclipsa al de los Estados no es una gran novedad. Ya lo había hecho, por ejemplo, David Sacristán de Lama en su libro titulado *La próxima edad media* (2008, reed. 2017) estableciendo, además, una analogía entre la crisis de la civilización industrial que estamos viviendo y la que sufrieron los habitantes del Imperio romano en el siglo V, que dio paso a la llamada Edad Media, preguntándose en este caso «cómo será la Edad Media de una sociedad tecnocientífica». El hecho de que también Berdiaeff publicara bastante antes su libro *La nueva edad media* (1924) nos recuerda cierto paralelismo entre los actuales años de crisis y los del período de entreguerras del pasado siglo XX, en el que la visión lineal y progresiva de la historia dio paso a otra más cíclica que analizaba el auge y la crisis de las civilizaciones, cuya visión apocalíptica culminó —con obras como *La decadencia de Occidente* (1917) y *El hombre y la técnica* (1932) de Spengler— vaticinando el derrumbe próximo e irreversible de la civilización industrial.

Pero volviendo al tema que nos ocupa: ¿Tecnofeudalismo? ¿Neoliberalismo? ¿No venía calificando la izquierda al sistema imperante en el mundo de «capitalismo neoliberal» y a nuestros tiempos de «era neoliberal»? El término «feudalismo» no parece que case muy bien con «liberalismo». ¿En qué quedamos? El uso de dos términos contradictorios para designar en su conjunto el panorama económico actual no parece muy afinado. Este enfrentamiento de términos se explica porque el uso de ambos entraña una sinécdoque, que es una forma del lenguaje que consiste —según el Diccionario de la RAE— «en designar metafóricamente un todo con el nombre de una de las partes [...] o una cosa con el de la materia de la que está formada...». Es decir, que se trata de designar un sistema o panorama económico general atendiendo a algunas de sus características o actuaciones singulares —despotismo corporativo, mercantilización, privatización, etc.—, lo que induce a confusión.

Efectivamente, en mi libro *La crítica agotada* (2022) analizo los no-conceptos que arman idolatrías y pueblan la retórica política lastrando y descarriando a menudo a los movimientos críticos. La palabra «concepto» procede de concebir o idear algo que se supone tiene algún contenido que el concepto trata de definir o acotar. El problema estriba en que, a veces, se consigue que el concepto defina bien un contenido que se supone tiene correspondencia con la realidad, pero otras el concepto queda difuso e incluso sobrevuela el mundo real, con el agravante de que se le

atribuye una realidad que no existe. Entramos aquí en el terreno de los mitos, las metáforas encubiertas o los términos fetiche que proliferan en el campo de las ciencias sociales y se enarbolan engañosamente y con convincente fuerza en la retórica política.

Entre el amplio conglomerado de literatura que ha suscitado el largo período de crisis, advierto que la inflación de términos aderezados con los prefijos «pos-» y «neo-» evidencia carencias importantes para definir la naturaleza de los regímenes o sistemas en lo que nos encontramos inmersos. Entre ellos analizo la génesis, evolución y consecuencias del término «neoliberalismo» y concluyo que es un no-concepto creado por la izquierda que ha sido un verdadero regalo para la derecha. Pues, al postular que todos los males han venido urdidos por un supuesto «neoliberalismo»... o por hipotéticos mercados libres inexistentes, quedan indemnes los verdaderos responsables de los atropellos que se vienen realizando desde el poder para facilitar el lucro de algunos, abusos que, como advirtió Varoufakis, no suelen ser ni «nuevos» ni «liberales», aunque en ocasiones cuenten con el respaldo de algunos liberales complacientes para justificar privatizaciones o recortes varios. En suma, valga decir ahora que, a mi juicio, el problema no es solo que el afán de la izquierda de atribuir al «neoliberalismo» todos nuestros males no ayude a aclarar la situación, sino que resulta para ella misma contraproducente, al dar por bueno el supuesto liberalismo de la derecha permitiendo que se erija en abanderada de la libertad, a la vez que se corre un tupido velo sobre el «despotismo clientelar» de carne y hueso que puebla y mantiene la actual «tiranía corporativa» con todos sus comisionistas y beneficiarios a bordo.

Pero entonces ¿es más ajustado hablar de «tecnofeudalismo» o «neofeudalismo»? ¿Y ello exige enterrar al «capitalismo»? No me parece. La realidad actual contiene muchas cosas que no son «técnicas» ni «nuevas» ni «feudales». En primer lugar, el feudalismo era una sociedad jerárquica con fronteras de clase infranqueables en la que no existía la propiedad privada y absoluta de la tierra y en la que la esfera mercantil y financiera estaba bastante limitada, mientras que ahora estas esferas y la propiedad absoluta imperan por doquier, a la vez que se postula la igualdad de derechos. Por lo que tuvo que producirse una profunda metamorfosis de la ideología y las instituciones que amparaban la sociedad jerárquica propia del Antiguo Régimen para llegar a las que amparan la sociedad actual que interesa tener clara. Este cambio ideológico e institucional fue analizado solventemente por el antropólogo Luis Dumont en dos libros básicos:

*Homo hierarquicus* (1971), en el que se ocupó de aclarar cómo se justificaba la jerarquía en el sistema de castas en la India, y *Homo æqualis* (1977), en el que analizó cómo se pasó a justificarla en Occidente a través de lo económico, a la vez que se postulaba la igualdad de derechos. Entonces ¿cabe decir que el «tecnofeudalismo» sustituye al «capitalismo»? Para nada. Porque la propiedad absoluta, la mercantilización, la financiarización... consustanciales al capitalismo siguen imperando por doquier y, aunque asistamos a una polarización social sin precedentes, se sigue afirmando la igualdad de derechos.

Creo que la dificultad para definir y comprender bien dónde estamos arranca de la que-  
rencia de la mente humana a simplificar las cosas con visiones sectoriales y parcelarias que han venido separando, e incluso enfrentando, especie humana y naturaleza, individuo y sociedad, economía y ecología, e interpretando la historia como una supuesta «sucesión de modos de producción» de riqueza espoleada por la lucha de clases, lo que contribuyó a soslayar la evolución efectiva de «modos de adquisición y de dominación» que, lejos de «sucederse», han venido «mudando y solapándose» entre sí desde épocas inmemoriales. Por ejemplo, el clientelismo que caracterizaba las relaciones de dominación en el antiguo Imperio romano sigue vivo bajo nuevas formas de clientelismo —usualmente, impregnado de prácticas corruptas— asociado a esos dos tipos de organizaciones jerárquicas que son las empresas y los partidos políticos, que acostumbran a premiar la adhesión y la obediencia y a castigar la disidencia. Lo cual lleva a preguntarnos si podemos definir bien la sociedad actual con términos tan simples como «neoliberalismo», «tecnofeudalismo» e incluso como «capitalismo», cuando las relaciones de dominación y dependencia de clase se solapan con otras —clientelismo, machismo, racismo...— que explican que siga manteniéndose la «servidumbre voluntaria» de la que nos hablaba La Boétie hace siglos.

Entre otras cosas, para matizar bien donde estamos hemos de reconocer que, al abrazar la metáfora de la «producción» de riqueza como elemento central del análisis económico, se ha venido soslayando la deriva de la economía hacia la mera «extracción» y «adquisición». En lo físico, el extractivismo propio de la civilización industrial, apoyado en el uso masivo de los combustibles fósiles, hizo que la noción de «producción» acuñada por los autores franceses del XVIII, hoy llamados fisiócratas como sinónimo de «acrecentar las riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes fondo», se convirtiera cada vez más en una metáfora vacía de contenido. En los países

más ricos o desarrollados el peso de la agricultura en el PIB es ridículo y el de la industria ha ido disminuyendo a la vez que la contribución de los «valores añadidos» de los servicios cobraba un peso mayoritario haciendo que el PIB tenga cada vez menos que ver con esa «producción material» de la que nos hablaba Marx. Pero, además, el proceso llamado «de financiarización» hizo que el valor de los activos patrimoniales creciera a ritmos trepidantes que superaban con mucho a los del PIB. Así, el lucro asociado a la generación, revalorización y comercio de bienes patrimoniales (financieros e inmobiliarios) ha ido ganando terreno frente a aquel otro derivado de la fabricación y venta de mercancías en el que Marx centraba sus análisis. Lo cual explica cómo se ha ido produciendo un creciente desacoplamiento entre el lucro asociado al crecimiento de los activos patrimoniales y el crecimiento del PIB, desacoplamiento que resulta mucho más acusado en los países «ricos» o «desarrollados».

Así, tras la «acumulación primitiva», practicada colonizando y explotando nuevos territorios, y tras la acumulación de capitales mediante la fabricación y venta de mercancías estudiadas por Max, asistimos ahora a lo que he denominado «tercera fase de acumulación» porque, a diferencia de las anteriores, el aumento de la capacidad de compra sobre el mundo ya no se apoya mayoritariamente en la colonización de nuevos territorios, ni en la explotación fabril del proletariado: se alimenta, sobre todo, de la generación, revalorización y comercio de bienes patrimoniales orquestados bajo la batuta de las grandes corporaciones internacionales que, con el dinero que crean, compran holgadamente las propiedades de los estados y del empresariado local. Todo lo cual explica por qué, mientras el PIB, y los ingresos de la mayoría, se estancaban o apenas crecían en los últimos lustros, los propietarios de bienes patrimoniales multiplicaban sus fortunas, acentuándose notablemente la polarización social.

Acabemos recordando que la historia de las civilizaciones nos muestra que se apoyan en visiones del mundo en buena medida cerradas, que admiten e incluso priorizan determinadas percepciones, pensamientos y comportamientos, a la vez que soslayan o excluyen otros. Y que el paradigma sociocultural que las sostiene acostumbra a albergar supuestos sobre la realidad y el ser humano que alcanzan «todas» las esferas de la sociedad. Por lo que difícilmente se podrá trascender la actual civilización hoy globalizada recurriendo por separado a las interpretaciones parciales al uso (capitalismo, socialismo, neoliberalismo, tecno o neofeudalismo, neofascismo, clientelismo, machismo, racismo...) o atendiendo a ciertas consecuencias que genera

(globalización, financiarización, sociedad del riesgo, modernidad líquida...). Ni la filosofía, ni la ética, ni la religión, ni la política, ni la economía pueden por sí solas promover y legitimar el cambio de paradigma. Tomar conciencia de ello ayuda a desterrar interpretaciones reduccionistas y falsas ilusiones simplistas de la sociedad y de las posibilidades de cambiarla, e invita a replantear las visiones y sintonías que se operan entre todos estos niveles bajo la batuta del paradigma sociocultural dominante. Lo que requiere cuestionar el núcleo duro de la ideología imperante que les da forma —con sus nociones usuales de sistema político, de sistema económico, de individuo, de sociedad civil...— y las instituciones —la propiedad absoluta, las distintas formas de dinero...— con las que incide sobre el mundo en que vivimos. Ideología e instituciones que, pese a los episódicos ataques, siguen gozando de buena salud.

